

Dirección, LEANDRO VALLE 15.

SUMARIO

TEXTO:—*Destino natural de la mujer*, por José Moreno Fuentes.—*Pintora y literata*, por Evelio del Monte.—*Crónica teatral*, por Gustavo Baz.—*A Vigo*, por Emilia Calé Torres de Quintero.—*Besos y lágrimas*, por Juan de D. Peza.—*Teresa de Jesús*, por Ramón Valle.—*Delirio*, por Antonio Escandón.—*El mosquito*, por Modesto Lafuente.—*Revista de modas y salones*, por Josefa Pujol de Collado.—*Varietades: Lujoso almacén de calzados*.—*Teatro Arbeu*.—*Función de gracia*.—*Explicación de las ilustraciones*.—*Anuncios*.

ILUSTRACIONES:—Retrato de Leopolda Gassó y Vidal.—Retrato del general Jesús H. Preciado.—Ninon de Lenclos.—Retrato de Julio Espinosa.—Puerto Rico: Plaza de las Delicias en Ponce.

DESTINO NATURAL DE LA MUJER.



DISFRUTA la mujer en nuestra organización social, del derecho de emplear y hacer productivas en beneficio propio y del procomún, sus facultades intelectuales, físicas y morales?

¿Debe y puede hacer uso la mujer del expresado derecho?

¿Se encuentra en aptitud de utilizarse de él física y moralmente?

Cuestiones son éstas tan arduas, interesantes y debatidas, que en verdad desconfío de mis fuerzas para dilucidarlas convenientemente; pero lo que me falte, en concepto de los entendidos, de galanura en la dicción y buen gusto en las formas, lo suplirá con creces, á mi entender, la severa lógica de los principios que voy á sustentar. Bien aprovecharán los críticos la oportunidad presente para extrañarse, aunque sin motivo justificado, de que en estos estudios saque también á plaza las antedichas cuestiones. ¿Qué tienen que ver—dirán—los problemas científico-sociales, con que la mujer ocupe en la tierra este ó el otro destino?

La ciencia social es el conjunto de todos los axiomas físicos y morales. Con su inmutable criterio los analiza y resuelve, y forma un todo tan unsono y homogéneo, que de su maravilloso enlace no es posible segregar cuestión alguna, porque en cada una de ellas, y en el conjunto de todas, estriba el equilibrio moral de la ciencia. Sacad de los cimientos de un edificio varias piedras: no trascorrirán muchas horas sin que se verifique un hundimiento. Suprimid de una máquina alguna de sus más importantes piezas, y en breve se entorpecerán sus funciones. Elimínense de las leyes que presiden al movimiento de los astros, de las que actúan en la generación de las materias orgánicas, de las que regulan, en fin, todo lo existente, aquella que más inútil é insignificante juzgueis, y la naturaleza sufrirá instantánea conmoción.

Este es el carácter de la ciencia social; no sería inmutable si careciese de él.

La mujer desempeña en nuestro globo un papel tan importante como el del hombre, y es singular aberración la de aquellos filósofos, legisladores y estadistas que, en nombre de la humanidad, buscan sólo alivio para las miserias del último. Pues qué, ¿la mujer no forma parte integrante de esa misma humanidad? Injusto, y más que injusto inicuo, ha sido con ella el sexo fuerte, porque en el período rudimentario de las sociedades, le impuso un yugo despótico y señorial, la obligó á aceptar deberes penosos, y no le otorgó derecho alguno. Vacas, carneros, caballos y mujeres representaban equivalentes objetos, y aparecían mezclados en los inventarios del ajuar doméstico y agrícola. Posteriormente, la mujer, por su amor al hombre, por su constante abnegación y desinterés, pudo salir de aquel triste estado para pasar al no menos degradante y aflictivo de esclava doméstica, que tal fué su condición en la época del patriarcado.

Aun hoy día, en las comarcas situadas al Este, en la alta Europa y en muchas regiones del Asia, obliga el hombre á la mujer á ejecutar el rudo trabajo de los bueyes y las mulas, haciéndola arar las tierras y recoger las mieses, mientras sus padres, esposos y hermanos, «tendidos á la bartola»—según la pintoresca frase de A. F. Davis,—se refocilan fumando en sus pipas ó tejiendo medias, como sucede en algunas partes del Mediodía de Europa. Mas ¿qué mucho, si durante el espacio de varios siglos se supuso que la mujer no pensaba ni sentía, y cuando en un concilio de obispos, reunido *ad hoc*, se trató de examinar y resolver el asunto, sólo por tres votos reconocíose que poseía

un alma como la del hombre, y desde aquel instante obtuvo carta blanca para sentir y pensar?

En balde, queriendo cohonestar lo bárbaro é injusto de su conducta, la acusa el hombre de frívola, voluble, caprichosa y vana; en balde rebaja sus dotes intelectuales y la juzga incapaz de encumbrarse por ellas á las elevadas regiones de las ciencias y las artes. Los defectos que se la echan en cara son consecuencia inalienable del medio social en que vive. La mujer, según la vemos, tal cual la conocemos es, moralmente considerada, la obra exclusiva del hombre: luego si él la ha formado así, ¿con qué razón se queja de que el idolo que ha construido con sus propias manos adolezca de las imperfecciones que le atribuye?

La mujer es, ni más ni menos, lo que sería en todo organismo social constituido como el nuestro. Los vicios y defectos que se la imputan, residen ciertamente en ella; pero, por ventura, ¿carece de unos y otros el hombre? ¿Cuántos individuos de nuestro sexo son más frívolos, vanos é inconsecuentes que todas las mujeres juntas! Por la injusticia y la arbitrariedad de sus actos se ha distinguido siempre el hombre. Exige de la mujer la práctica rigurosa de todas las virtudes, mas si no cumple á satisfacción suya con los deberes que le impone, si la ve flaquear un solo instante, arroja brutalmente á su rostro todo el cieno que esconde en su alma. Hé aquí el origen de las invectivas de que ha sido siempre objeto.

Desde Sócrates, que dijo de la mujer: «*Templum est su per cloacam uditum*»; desde los Padres de la Iglesia Católica, que la llamaron «serpiente engañosa», «semilla de perdición» y «vaso de podredumbre», hasta muchos de nuestros modernos filósofos y moralistas, no ha cesado un momento el hombre de darla en rostro con las miserias y flaquezas de que él también es víctima á cada paso. Cuando exigimos el exacto cumplimiento de una ley, nos imponemos el deber de observarla los primeros; pero ¿si prevarica el legislador, cómo no ha de prevaricar el legislado? Si en nuestro vicioso organismo social conspira todo para falsear la virtud más severa, ¿cómo ciegos é inconsiderados, pretendemos exigir su rígida observancia?

II

Contrayéndome ahora á las cuestiones propuestas al principio de este artículo, diré respecto de la primera:—No se necesitan profundas investigaciones ni grandes esfuerzos de lógica para demostrar que la mujer de nuestros tiempos tiene limitado á muy estrecho círculo el libre empleo de sus facultades, exceptuando de esta regla general dos ó tres pueblos donde, si no ha alcanzado aún el complemento de sus futuros destinos, gira, al menos, dentro de un círculo más amplio y racional.

El hombre, centralizador desde los primitivos tiempos, y celoso siempre de su gloria y primacía, monopolizó á la mujer, haciendo de ella, no el ser inteligente, digno de compartir con él el imperio de la tierra; no el complemento de su personalidad, como quieren algunos autores que sea, sino que, despojándola y apropiándose la herencia que le correspondía al venir al mundo, la igualó en condición con un instrumento de labranza ó con una red de pescar. Tanto en aquellos remotos tiempos, como en los del patriarcado, la mujer que no poseía propiedad alguna, que ni aun los derechos naturales de la maternidad tenía, paciente, mártir y resignada siempre, sufrió infinitos vejámenes por amor al hombre.

La reproducción de la especie humana no puede verificarse sin el concurso de los dos sexos, y esta circunstancia sola establece entre ambos, no una igualdad condicional y relativa, sino absoluta. Si á la función más importante de la naturaleza concurren, pues, por iguales partes, ¿con qué derecho, en los actos secundarios de la vida, se priva á la mujer de las preeminencias y prerrogativas que disfruta el hombre? Las profesiones artísticas, científicas y literarias, los oficios, la industria, el comercio, la política, todos los resortes, en fin, de la máquina social, que pone en movimiento nuestra actividad é inteligencia, pueden y deben ser asimismo del dominio de la mujer. Es repugnante que hombres robustos y fornidos, propios para el desempeño de más difíciles faenas, pasen toda su vida detrás de un mostrador vendiendo cintas, comestibles, quinca y bisutería.

Cuando la mujer utilice sus dotes físicas é intelectuales en aquella industria, profesión ú oficio que más fuere de su agrado, subvendrá cómodamente á todas sus necesidades. Entré tanto, es inútil clamar un día y otro contra sus

1 La mujer coadyuva en mayor grado que el hombre á la propagación de la especie; pero bastando á mi propósito suponer que concurre á aquella función por igual, cuando menos con el hombre, excuso entrar en otras demostraciones impropias de este lugar.